

Federico García Lorca, hombre de adivinación y vaticinio

Escribe: JORGE ZALAMEA

En estos días en los cuales, en todo el mundo, se ha conmemorado con emoción el trigésimo aniversario del criminal holocausto de Federico García Lorca, he repasado la rica colección de recuerdos que me quedaron de una amistad que se prolongó durante ocho años y he releído buena parte de la obra literaria del poeta granadino. Y he constatado que es constante y creciente mi admiración por su poesía y por la culminación que ella tuvo en su dramaturgia. Y me he cerciorado de que también la amistad puede ser más fuerte que la muerte, como es el caso de la mía con ese raro ejemplar humano que fue Federico: genio de España por la típica capacidad de equilibrar inteligencia y gracia, rusticidad y refinamiento, intuición y raciocinio, humorismo y dramatismo.

A los 30 años de su muerte, la vigencia de la obra literaria de García Lorca se extiende y consolida. Todos los grandes teatros del mundo, tanto en oriente como en occidente, han incorporado definitivamente a sus repertorios permanentes las obras dramáticas de Federico, mostrando una clara preferencia, en su orden, por *La casa de Bernarda Alba*, *Bodas de sangre*, *Yerma* y *Doña Rosita la soltera*. Por lo demás, es notorio para cualquier letrado que la poesía de Federico amplía cada vez más su zona de irradiación con las sucesivas traducciones que hacen de ella a decenas de lenguas extranjeras.

Por haber mantenido con García Lorca una amistad- diálogo que se prolongó desde comienzo de 1928 hasta el infausto agosto de 1936, muchas veces me siento en deuda con la memoria de tan memorable amigo por no haber contribuido, con mi experiencia personal, a dar una imagen más exacta de lo que fue Federico como creador literario y como individuo humano. Acaso esta omisión se deba a que, contra lo que dice la leyenda, yo soy más modesto que orgulloso y más tímido que extrovertido y más, mucho más, aprendiz que maestro. Y por ser así, he tenido siempre el temor de que mis experiencias personales con ese ser excepcional no supieran encontrar en la palabra hablada o escrita la exactitud y la profundidad correspondientes a tan insólito ejemplar humano.

Hoy quisiera superar esas barreras de timidez para presentar tres aspectos del hombre García Lorca. Como se trata de hechos que, al mismo tiempo, pertenecen al terreno de la realidad y al cielo de la fantasía, temo que mis palabras no sean lo suficientemente convincentes ni mis relatos adecuadamente realistas para traspasar al lector mis extrañas experiencias. Pero voy a intentarlo, a todo costo y riesgo.

Federico García Lorca fue un creador literario de cultura aparente y relativamente limitada. Si lo imaginamos situado en el ápice de su propia personalidad, veremos que su formación cultural tiene dos grandes vertientes: por una parte, la poesía popular de su propia tierra. Federico pasó largos años recorriendo los caminos de España, hablando con sus hermanos gitanos de Andalucía; interrogando a los secos castellanos de Medina del Campo, Avila y la sierra de Gredos; charlando con los celtas gallegos- de las rías; discutiendo con los feudales y los siervos de Cataluña; vociferando con los levantinos de las huertas de Valencia, Murcia y Málaga; tratando de romper la recia corteza de los vascos y el anacrónico yelmo de los navarros; aprendiendo estoicismo con los extremeños y hedonismo con los gaditanos. En cada pueblo, se ganaba a la gente con su gracia y su humanidad; y en seguida hacía que las mozas cantasen sus coplas favoritas; que las viejas desenterrasen las canciones más antiguas y que los abuelos recitasen desconocidas versiones de los romances medievales. Federico se enorgullecía, por ejemplo, de haber recolectado en campos y aldeas de España —no en bibliotecas ni en ateneos—, más de novecientas versiones diferentes de aquel romance que dice:

A Francia se fue la niña...

Ya don Manuel de Falla había dicho que, de proponérselo, Federico sería aún mejor músico que poeta. En esta doble condición, llegó a tener el más profundo y extenso conocimiento de la música y la poesía populares de España. Un conocimiento, además, vivo, directo, sin traza alguna de erudición muerta ni de pedantería académica.

La otra vertiente de la formación cultural de Federico se hallaba formada por su conocimiento ilimitado de los clásicos españoles. No solamente de los conocidos, sino de los ignorados, pues los hay. Y tan numerosos como importantes. Tal aquel Pedro Soto de Rojas, granadino, que Federico descubrió por el año de 1930 y de cuyo "Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos", nos recitaba espléndidos fragmentos en las tabernas de Madrid. El conocimiento del teatro clásico sí rebasaba en Federico las marcas españolas, pues conocía profundamente el teatro griego, el isabelino inglés, el romántico alemán, las comedias italianas y los dramas rusos. Pero no creo arbitrario decir que con el conocimiento de la poesía moderna de España e Iberoamérica, concluía la dotación cultural de García Lorca.

Cuando por allá en 1928 leí yo por primera vez el *Ulises* de James Joyce, me produjo una especie de alta fiebre espiritual que no tardó en manifestarse también bajo la forma de un desenfrenado proselitismo. Todos mis amigos tenían que leer el *Ulises* y el primero de todos, Federico.

Este me pidió que le explicara un poco el libro que tanto me exaltaba. Hasta donde es posible explicar semejante obra, traté de hacerle al poeta una síntesis, deteniéndome particularmente en el carácter y la posible simbología de Bloom, en la escena genial del aquelarre y en el monólogo interior de Molly Bloom. Debo insistir en que se trataba de grandes líneas someras, de explicaciones tan vagas como insuficientes, de juicios más fervorosos que profundos. ¡Cuál no sería, pues, mi sorpresa cuando tres o cuatro días más tarde, al calor de unas copas de vino de la tierra, García Lorca nos hizo a un grupo de amigos una espléndida disertación sobre la obra de Joyce, revelándonos en ella luces, sombras, perspectivas que no habíamos visto quienes ya teníamos el *Ulises* como libro de permanente lectura! Después de su desconcertante y deslumbrante interpretación de la obra joyciana, pregunté aparte a Federico cómo había podido leer en dos o tres días obra tan extensa y compleja; con su sana risa, casi infantil, me contestó el poeta: —¡Qué va! No lo he leído. Solo sé lo que me dijiste tú.

Tan extraordinario fenómeno de intuición parece privativo de las mentes geniales; pero hay también en él una cualidad ibérica. De la misma manera como un extremeño analfabeto puede comportarse con la dignidad de los más encumbrados señores y expresarse con la sabiduría de los más sagaces letrados porque tiene en la sangre y en el tuétano de los huesos una cultura viva y la intuición de las formas nobles y de los pensamientos claros, a Federico le bastaba la más incierta de las pistas para levantar la caza mayor y realizar, por simple intuición, las más memorables hazañas de la inteligencia y el espíritu.

Este don de adivinación intelectual seguramente tenía también algo o mucho que ver con ciertas y desconcertantes facultades telúricas que venían a constituir en el poeta granadino como un sexto sentido. Del que deseo presentar un misterioso ejemplo.

Si mal no recuerdo, el hecho se produjo en el verano de 1932. Victoria Custodio, madre de la actriz Ana María Custodio y suegra del compositor Gustavo Pittaluga, nos había invitado a mi esposa y a mí a pasar las vacaciones en una finca que poseía en Canillejas, aldea situada a unos 30 kilómetros de Madrid. Como también mis huéspedes eran amigos de Federico, le invitaron a almorzar un domingo en aquella finca. La casa campesina, de un solo piso, era amplia pero modesta. Sobre el patio de entrada, a la izquierda, se levantaba el pabellón de residencia. A la derecha se hallaban las habitaciones del servicio, la caballeriza y las bodegas. El gran patio se prolongaba en una huerta estrecha y profunda, en la que se cultivaban legumbres y árboles frutales. La entrada a la huerta se hallaba marcada por dos altos cipreses quietos, mudos, que más parecían tallados en jade oscuro que árboles vivos. Entre la casa de habitación y la huerta, una gran alberca en la que los niños libraban grandes batallas navales con barquitos de papel.

Al mediodía llegó de Madrid Federico con uno de sus más queridos y leales amigos: Rafael Martínez Nadal, profesor de literatura española en la Universidad de Londres desde que hubo de exilarse por razón de la guerra civil de España.

Con alegre algazara se cumplió el rito del aperitivo a usanza española: chatos de manzanilla o vasos de vermú con su copioso acompañamiento de “tapas” succulentas: jamón de Jamugo curado en las nieves de la Sierra Morena, chorizo de Cantimpalos, queso manchego, anchoas del Cantábrico, aceitunas negras de Andalucía, racimos de percebes gallegos, tajadillas de butifarra catalana: toda una geografía gastronómica que seguramente el poeta asociaba a sus interminables correrías por todas las provincias en busca, ya no de estos alimentos terrestres, sino de aquellos otros —musicales y poéticos— que sirven de pasto al espíritu.

A eso de las tres de la tarde, hora en que suelen sentarse a la mesa los españoles para el almuerzo, que ellos llaman “comida”, nos trasladamos del salón al patio, en donde, al sombrío de unas higueras y por aprovechar la relativa frescura del matorral de la alberca como paliativos contra la lengua abrasadora del verano, se había instalado la amplia mesa en que se cumpliría otro de los ritos españoles: la repartición abundante del contenido de las enormes y planas cazuelas de barro en que se exhibe el abigarrado bodegón de la paella: sobre la textura de los aceitosos granos de arroz teñidos con el amarillo claro del azafrán, los gritos vehementes del pimiento rojo, la ocelada carnadura pulposa de los pulpos, las agrifadas patas de la langosta, los coágulos verde-azules de las almejas, las sierras rosadas de las cigalas, los corazones verde nilo de la alcachofa, las blancas tiras delgadas de las angulas.

Con el optimismo fomentado por los aperitivos y estimulado por la expectativa de la paella, nos sentamos a la mesa. Humeantes y odorantes, hicieron su aparición entonces las grandes cazuelas traídas por las maritornes de Victoria y recibidas por los comensales con “oles” y otros gritos de gastronómico entusiasmo. Pero el poeta Federico no participaba ya en aquel festejo. Bajo sus espesas cejas, los ojos pesquisidores se volteaban de un lado a otro, buscando quién sabe qué presencias: las aletas de su nariz, se dilataban en el husmeo de quién sabe qué olores; sobre su amplia frente rocosa y terca, comenzaban a perlar gotas de sudor, y todo su cuerpo pesado y burdo de campesino granadino se veía recorrido por brívidos nerviosos. Interrumpiendo el rito de la repartición de la paella, García Lorca se levantó súbitamente, se dirigió hacia la pareja ominosa de los cipreses y se adentró en la huerta.

Con la cortesía congénita de los españoles, Victoria conjuró el momentáneo desconcierto de sus invitados y con el más discreto ademán me pidió que fuese en busca de Federico.

Lo encontré en el fondo de la huerta. Lo ví trémulo de un misterioso pavor. Tímidamente le pregunté:

—¿Qué te pasa, Federico?

Con su habitual vehemencia de viviente, me respondió:

—¡Estamos rodeados de muertos! ¡Estamos pisando los muertos! ¡Y no lo aguanto!

En el primer momento pensé que Federico se refería a nuestro grupo, a los invitados de Victoria. Pues Federico tenía y propagaba una teo-

ría personal suya respecto a quienes llamaba “los putrefactos”: que serían los inauténticos, los malabaristas del arte y la literatura, los mixtificadores del espíritu. Tanto rigor tenía en este sentido, que alguna noche nos invitó a sus amigos más íntimos a hacer una incursión bélica sobre el café de Pombo, en donde pontificaba Ramón Gómez de la Serna, para acabar con tales “putrefactos”. Pero no tardé en darme cuenta de que no se trataba de tal cosa, pues Federico condescendió a explicarme:

—No se trata de lo que crees. Estamos, de verdad, en una oficina de la muerte. ¡Siento los huesos, las calaveras!

Como mis romos sentidos y mi miopía materialista se negaran a participar en aquel acceso pánico, regresé a la mesa de Victoria, le relaté de torpe manera el trance en que se hallaba Federico y le pregunté si ella sabía de algo que lo justificara. Aunque no fuese de la raza de los faraones, Victoria era andaluza, de Osuna, y mi relato la sobrecogió, aunque no hallara en los inmediatos antecedentes de su finca nada que explicara la reacción del poeta. La finca pertenecía a su familia desde hacía medio siglo y nunca había sido otra cosa que una residencia campesina destinada, en parte, a los forzosos ocios veraniegos y en parte, a una modesta explotación hortelana.

La paella nos resultó aquel domingo con cierto sabor de miércoles de ceniza. Federico no regresó a la mesa, abstraído en su misteriosa búsqueda de pretéritas presencias por los pequeños senderos de la huerta.

Cuando nos levantamos de la mesa, Federico nos pidió a Rafael Martínez Nadal y a mí que lo acompañásemos al pueblo, a las puertas de cuyas casas mozos y viejos buscaban un poco de fresco bajo el rojo poniente estival. La capacidad de comunicación característica del poeta, le permitió establecer inmediatamente el más íntimo de los diálogos con todos los aldeanos. Con gracia y gravedad los interrogaba sobre la finca de Victoria; suscitaba sus recuerdos; desafiaba sus memorias. Pero, invariablemente, los aldeanos respondían que la finca había sido siempre lo que era. Y que antes de los Custodios, sus precedentes propietarios habían sido también campesinos ricos, caciques de Canillejas o señoritos de Madrid que la usaban como mansión de recreo y vacaciones. Pero Federico insistía en su indagación, hasta que, finalmente, oyó de un cuasi centenario la verdad revelada: a comienzos del siglo XIX aquella finca había sido un convento de monjas reclusas a las cuales, llegado el momento del inevitable tránsito, se las enterraba allí mismo. Y en el lugar ocupado actualmente por el palomar, hubo en los viejos tiempos un osario en que se conservaban los restos de las reclusas. Federico escuchó el relato del anciano con la gravedad de quien ve cumplirse una profecía, con el secreto pavor de quien escucha una sentencia de muerte. Ya no quiso regresar a la finca de Victoria. Pidió a Martínez Nadal que fuese por el automóvil que habían dejado a las puertas de la casa y que lo recogiese en la plaza del pueblo para regresar a Madrid.

Es posible que a muchos parezca indiscreta la tercera anécdota que deseo relatar para confirmar los extraños poderes adivinatorios del poeta. De la misma manera como sobre unas simples, torpes y acaso inconexas palabras, era capaz de reconstruir un texto genial de la literatura, y así

como su receptividad telúrica le permitía adivinar la presencia de la muerte a través de un siglo, —también Federico era capaz de intuir a primera vista las cualidades o características de un individuo humano, desconocido para él unos momentos antes.

Lo que voy a referir debió ocurrir en el otoño de 1928. Una mañana me llegó a la modesta habitación que tenía por entonces en Madrid una tarjeta en cuya cartulina se leía: Alberto Lleras Camargo, corresponsal de *El Mundo*, Buenos Aires, Madrid, París. Con natural júbilo recibí a quien, hasta entonces, había sido uno de mis más íntimos y queridos amigos. Creo que ya cuando teníamos respectivamente cuatro y cinco años de edad, Alberto y yo habíamos jugado en las casas veraniegas de Sopó. Luego estudiamos juntos en la Escuela Ricaurte y juntos publicamos dos o tres periódicos estudiantiles: *Horizontes*, *El escolar*, *Excelsior*; casi simultáneamente comenzamos a escribir versos de la peor calidad y prosas en las cuales Alberto seguía el buen modelo de Azorín y yo el peligroso ejemplo de Nietzsche; un poco más tarde, también casi paralelamente, comenzamos a colaborar en la revista *Universidad* de Germán Arciniegas, en *El Tiempo*, *El Espectador*, etc. A los 20 años, movido por el deseo irrefrenable de conocer el mundo, yo partí aventureramente para México; un año más tarde, arriesgándose a parecidos azares, Alberto Lleras partió para la Argentina. Y ahora volvíamos a encontrarnos en Madrid. Para mí, aquello era una gran fiesta de la amistad. Y como ya por entonces Federico García Lorca era el mejor de mis amigos españoles, me apresuré a buscar la oportunidad de presentarlos entre sí, seguro de que formaríamos entonces el más extraordinario de los tríos. Les invité, pues, a almorzar en una de las tabernas madrileñas que servían de escenario a nuestras ruidosas reuniones báquico-literarias.

Como anfitrión que era, fui el primero en llegar, acompañando a Alberto. Poco después apareció Federico. Pero aún no había cesado la risa de afectuoso orgullo con que hiciera yo las presentaciones, cuando me di cuenta de que algo no marchaba. Federico se había contraído visiblemente. Sobre su rostro de gran mímico, había caído como un velo de fastidio y ceniza. Su caliente voz de inimitable declamador, se hizo opaca y deliberadamente balbuciente y torpe. Su irresistible simpatía se tornó en lerdía insolencia. Su gracia se convirtió en necedad. El encuentro que yo había previsto tan alacre como un diálogo platónico, resultó un velorio agravado por la inesperada transformación de García Lorca en *un idiota lleno de ruido y de furor*. Muy corto, pues, fue el infortunado encuentro. Cuando un par de días más tarde, me encontré de nuevo con Federico y le pregunté, entre escandalizado y dolido, las razones de su extraño comportamiento, me respondió con la misma saludable, fresca y abundante risa de siempre:

—¡Hombre, acaso no sabes que no soporto a los animales de sangre fría!

* * *

En otra ocasión, Federico fue, ya no el adivinador, sino el adivinado. Cenábamos una noche con dos o tres amigos más en el restaurante del Hotel Nacional, instalado en el sótano del edificio. Las mesas se hallaban

dispuestas allí en compartimentos separados por tabiques de caoba labrada, abiertos solamente por uno de los costados sobre el centro de la gran sala.

Del compartimento vecino al nuestro, salió una preciosa chiquilla de cuatro años. Se quedó mirando fija, largamente a Federico. Y luego se retiró de nuevo al reservado vecino. En los minutos siguientes, repitió dos o tres veces su aparición ante nuestra mesa, sin mirar a nadie más que a Federico, grave, callada y como absorta. La cuarta vez que apareció ante nosotros, dijo claramente dirigiéndose al poeta:

—¡Acerico de alfileres eres tú!

Y se retiró definitivamente, con la dignidad de un ángel disfrazado.

Al oír las palabras de la niña, Federico se demudó. Un gran suspiro le desgarró el pecho. Encogiéndose sobre sí mismo, murmuró en voz baja:

—Acerico de alfileres. ¡Cierto! La niña lo sabe todo.

Ya no habló más aquella noche. Y en cuanto se dio cuenta de que la niña se había ido del restaurante, se levantó y se marchó, oponiéndose a que ninguno de nosotros lo acompañara.

Acaso estas anécdotas sirvan para una descripción más íntima y un conocimiento más cálido de la condición humana de Federico García Lorca, al mismo tiempo que pueden arrojar luces nuevas sobre los elementos más misteriosos de su creación poética y de sus construcciones dramáticas. En todo caso, son factores esenciales de su sicología a través de los cuales se pueden establecer ciertos hitos para la valoración de sus facultades de intuición, de adivinación y de comunicación.